

RESEÑAS

Arturo C. Sotomayor Velázquez y Gustavo Vega Cánovas (coords.), *El mundo desde México. Ensayos de política internacional: homenaje a Olga Pellicer*, México, El Colegio de México / Instituto Tecnológico Autónomo de México / Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2008, 283 pp.

Diplomática, profesora, analista política, Olga Pellicer es el motivo por el que El Colegio de México, El Centro de Investigación y Docencia Económicas y el Instituto Tecnológico Autónomo de México colaboren en esta obra. Arturo C. Sotomayor y Gustavo Vega coordinan este libro, que contribuye al debate sobre la política exterior mexicana y que resulta de interés no sólo para los estudiosos del tema, sino para cualquiera interesado en las relaciones internacionales. La obra está dividida en tres ejes temáticos: política exterior mexicana, relaciones México-Estados Unidos y México en la ONU. Las tres secciones, con su pluralidad de perspectivas, permiten un acercamiento al núcleo de las relaciones exteriores mexicanas.

El primer capítulo, de Alberto Lozoya, es un somero acercamiento a la geopolítica actual. Útil para situarse en el panorama internacional, algunas de sus aseveraciones merecen ser matizadas, si no debatidas. El titánico reto de describir la situación del orbe en siete páginas explica que el resultado sea un conjunto de imágenes fragmentadas.

Posteriormente, Ana Covarrubias analiza uno de los episodios más relevantes de la política exterior mexicana del último siglo: cuando en 1964 México se niega a cumplir la decisión de la OEA de romper relaciones con la Cuba revolucionaria. Partiendo del análisis previamente realizado por Pellicer en su libro *México y la Revolución Cubana* (1972), busca responder por qué el gobierno mexicano no rompió relaciones con Cuba y por qué no se deterioró la relación con Estados Unidos como consecuencia de ello. Adelanta tres hipótesis relacionadas con tres objetivos de México: 1) ser consecuente con los principios de política exterior y con sus posiciones en el sistema interamericano, 2) poder enterarse de las actividades subversivas del gobierno de Fidel Castro, previo acuerdo con Estados Unidos o los países de la OEA, y 3) preservar la estabilidad interna y la no intervención cubana en el territorio nacional. Haciendo uso de documentos recientemente

desclasificados y un agudo sentido analítico, la autora desmenuza cada una de las respuestas. En la primera descubre contradicciones que la hacen poco verosímil, en tanto que las otras dos parecen más cercanas a lo que en realidad sucedió, aunque prevalecen algunas interrogantes: ¿Hubo una negociación entre México y Estados Unidos o fue un acuerdo implícito? ¿Por qué pretendía México la no intervención cubana si colaboraba con el vecino del norte en actividades en contra de la isla? La autora concluye que a final de cuentas la política mexicana fue acertada, ya que supo conjugar la dependencia del país con la imagen de una política exterior independiente, que sirvió correctamente a los intereses nacionales (p. 45).

Los capítulos tres y cuatro tratan dos procesos relativamente recientes que han modificado la política exterior mexicana: los avances de la democratización y el federalismo. El texto de Guadalupe González es un sólido paso hacia una comprensión más amplia de los factores que afectan la política exterior. Al introducir los componentes institucionales internos y desmontar los argumentos que sustentan el supuesto realista del interés nacional monolítico, permite entender cuáles son las nuevas presiones a las que está sujeta. La pregunta del título es acertada: ¿se ha terminado el predominio presidencial? La democratización ha abierto los canales de representación a nuevos grupos sociales y ha modificado la estructura de incentivos. El proceso de apertura política y su consecuente redistribución de poder se contraponen con un marco institucional que permanece inamovible, centralizando en el poder Ejecutivo la formulación y conducción de las relaciones exteriores, por lo que aún es imposible responder a la interrogante.

Fabiola López y Jorge Schiavon hacen una interesante exploración de las relaciones exteriores de las entidades federativas. De igual forma, hacen una tentativa clasificación de las mismas, según la intensidad. A pesar de las limitaciones jurídicas, en los últimos años se ha visto un activismo importante por parte de algunos estados. Entre las principales explicaciones de la varianza están los recursos económicos y la ubicación geográfica, que los autores se encargan de verificar. Sin embargo, hay un caso sobresaliente: Chiapas, cuyo despegue fue el alzamiento del EZLN, que le valió un alto grado de visibilidad a nivel mundial.

La segunda parte, relativa a la relación entre México y Estados Unidos goza de una mayor homogeneidad entre sus capítulos. El primero de ellos, de Luis Herrera-Lasso, resume en una frase el estado actual de la relación: la ausencia de una visión compartida. Tres factores lo explican: la carencia de acuerdos políticos en temas de interés común, la falta de objetivos y estrategias que justifiquen mayores inversiones políticas, y las coyunturas —en especial la del 11 de septiembre— que modifican las prioridades. El

diagnóstico es que a lo largo del último lustro la relación se ha debilitado y vive uno de sus momentos más complejos. Finalmente, el autor apunta algunas de las dificultades futuras, retos y posibles acciones que ayuden a revertir la actual tendencia.

Los siguientes tres capítulos tocan tres temas fundamentales de la relación bilateral: migración, integración económica y seguridad fronteriza. Rodolfo Tuirán analiza el fallido intento de reforma migratoria de 2001, así como las propuestas subsecuentes vertidas en el Congreso estadounidense, con sus implicaciones en materia de control fronterizo, programas de trabajadores temporales, legalización, impacto demográfico y remesas. Gustavo Vega hace una comparación de los procesos de integración de la Unión Europea y América del Norte. Asimismo discute los posibles escenarios futuros de la integración norteamericana, esgrimiendo el argumento de que los acontecimientos del 11 de septiembre pueden usarse como catalizador para llegar a un Espacio Económico y de Seguridad de América del Norte. Mónica Carreón cierra la sección mostrando la dificultad de institucionalizar la cooperación en materia de seguridad dada la realidad fronteriza. Las políticas unilaterales de Estados Unidos, destinadas a aumentar el control fronterizo, son un ingrediente central en dicha complejidad y son una muestra de la patente necesidad de acuerdos bilaterales.

La última sección, dedicada a la Organización de las Naciones Unidas, inicia con la reproducción de un texto de Olga Pellicer. Se trata de una radiografía del estado actual de la organización y cómo México puede insertarse en dicho escenario. ¿Por qué participar en ella? La autora responde en dos tiempos. Primero, aduce la importancia del organismo en el sistema internacional; posteriormente, hace notar los beneficios potenciales de ser un miembro más activo. La reciente participación de México en el Consejo de Seguridad deja impresiones ambivalentes, así como profundas interrogantes, aunque el balance final es positivo. Debe decidirse qué papel se desea que México represente en la diplomacia multilateral y la ONU debe ser el componente central en esa nueva visión, según Pellicer.

El siguiente capítulo contrasta: Athanasios Hristoulas aporta una visión escéptica sobre la función, la reforma y el futuro de la ONU. Para ello desmascara cuatro mitos asociados con la organización: 1) que es una institución democrática que representa los intereses de todos sus miembros, 2) que su objetivo es mantener la paz y estabilidad, 3) que Estados Unidos es responsable de sus fallas (aunque matiza que carga con buena parte de las culpas) y 4) que su reforma es posible. Partiendo de sus orígenes históricos, explica las limitaciones inherentes al sistema de Naciones Unidas, así como las implicaciones en el futuro del deterioro de los conceptos de soberanía y Estado-nación.

Al hablar de la situación actual de la ONU, parece inevitable tocar un tema: su reforma y, específicamente, la modificación de los procedimientos y la composición del Consejo de Seguridad. Navarrete y Sotomayor aportan dos visiones sobre el tópico. La primera revisa las distintas propuestas vertidas: la del G-4 (Alemania, Japón, Brasil e India), la de “Unidos por el Consenso” y la de los países africanos, así como la posición asumida por México al respecto. Al comparar y contrastar las propuestas, el autor esclarece por qué no se logró un consenso para el cambio (en cualquier sentido). A lo largo de su análisis pueden identificarse algunas modificaciones deseables, como la reelección de los miembros no permanentes, y otras que pueden resultar contraproducentes, como la extensión del anacrónico derecho de veto a nuevos miembros permanentes. Por su parte, Arturo Sotomayor busca responder por qué el Consejo de Seguridad ha sido tan activo tras el fin de la Guerra Fría pero tan difícil de transformar, echando mano de tres teorías institucionales: la racional, la histórica y la sociológica o constructivista. Es de interés la paradoja que advierte el autor: la secrecía, la informalidad y el que sea un “pacto de élites” (p. 281) es lo que hace funcional al Consejo, y es precisamente eso lo que se pretende reformar.

En conjunto, el libro aporta una visión compleja, muy cercana a la realidad, de lo que es la política exterior mexicana en algunos temas y regiones. La división en tres secciones es acertada, no sólo porque distingue las tres áreas que más han interesado a Olga Pellicer, sino porque aporta coherencia y estructura al libro. Sin embargo, a diferencia de sus contrapartes sobre la relación entre México y Estados Unidos y sobre México en la ONU, la primera parte es bastante heterogénea. Además, la política exterior mexicana no se limita a América del Norte y a las Naciones Unidas. Hubieran sido deseables capítulos que estudiaran las relaciones de México con América Latina, Europa, Asia e incluso África.

La pluralidad de enfoques es uno de los puntos más fuertes del libro. El que los argumentos sean divergentes y, en ocasiones, contrapuestos, abre puertas al debate y a la discusión. Sin embargo, lo que no se aplaude es lo dispares que resultan entre sí algunos capítulos, no sólo en extensión (que es lo de menos), sino en cuanto a originalidad. En tanto que algunos siguen líneas bastante exploradas (lo cual a veces es casi inevitable, como en el caso de la relación México-Estados Unidos), otros se aventuran a tratar temas novedosos o a desarrollar nuevas perspectivas, lo cual aporta enorme frescura a la lectura. Además, algunos capítulos, en los que se combinan un tópico poco explorado y un análisis profundo, tienen el potencial de volverse referencia en el tema que tratan.

El mundo desde México es un digno homenaje a Olga Pellicer. No sólo porque trata los temas que han guiado su trayectoria académica y diplomá-

tica, sino porque refleja aquello a lo que ha dedicado gran parte de su vida: a pensar la realidad internacional desde México. La política exterior mexicana atraviesa un momento complejo. Es tiempo de definiciones, momento propicio para discutir el lugar que México debiera ocupar en el orden internacional y las estrategias para alcanzarlo. Los retos no son menores, por lo que se requiere el constante debate, no sólo para diagnosticar la situación, sino para aportar ideas que se traduzcan en una política exterior exitosa. Con sus limitaciones, este libro es un paso en dicha dirección.

ANDRÉS RUIZ PÉREZ

Carlos Sola Ayape, *Entre fascistas y cuervos rojos*, México, Porrúa, 2008, 204 pp.

Escribir un libro sobre la Guerra Civil española no es una empresa fácil, pues difícilmente se pueden hacer aportaciones a un tema tan estudiado. Carlos Sola Ayape se aventura a examinar una etapa de las relaciones entre México y el gobierno franquista, la cual va más lejos que los estudios clásicos sobre el tema, como los de José Antonio Matesanz, Thomas G. Powell, Lois Elwin Smith, Patricia W. Fagen y Lorenzo Meyer. Dedicó la tercera parte de *Entre fascistas y cuervos rojos* al sexenio de Luis Echeverría, en el que la “relación” con España se encontraba en su punto más bajo.

El libro comienza con un repaso de la intervención de México en la Guerra Civil española, y la ayuda del gobierno cardenista a la causa republicana. Sin mencionar sus deudas a las teorías realistas de las relaciones internacionales, el autor hace además constantes referencias a la importancia de la política exterior de México para la consolidación de la política interna, así como para su posicionamiento en la escena internacional.

Lázaro Cárdenas, estadista calculador, aprovecha el conflicto español para pronunciarse en contra del mismo y a favor no sólo de la democracia, sino que defiende, ante la Sociedad de Naciones, cuestiones de derecho internacional, como la no intervención y el respeto a la autodeterminación de los pueblos, principios que rigen, hasta el día de hoy, nuestra política exterior. Como Sola Ayape señala, la postura que tomó México frente al conflicto era “parte de una estrategia que desde el principio mostró un doble rostro: por una parte, se reclamaba el apoyo a una España que estaba siendo invadida por potencias extranjeras; por otra, México se reafirmaba a sí mismo en el concierto internacional y pedía para los demás lo que exigía para sí”. Siempre mirando hacia el norte, México reafirmaba ante el mundo su independencia frente a potencias extranjeras y la reciprocidad que esperaba en el caso de una agresión a la soberanía nacional.

México no fue el único país que tomó una postura frente a los acontecimientos en España; todos los países lo hicieron, no sólo porque la Sociedad de Naciones se convirtió en un foro donde se discutió ampliamente el caso español, sino porque la dialéctica ideológica que provocó la Guerra Civil estaba también planteada en muchos de los países miembros. Lo que estaba en juego con la Guerra Civil era la capacidad de esta alianza internacional para preservar la paz en el mundo y disuadir cualquier conflicto que pudiera alterar la frágil estabilidad mundial (pp. 9-11). Citando a Villares y Bahamonde, Sola Ayape afirma que “la guerra civil española se inscribe en los antecedentes de la Segunda Guerra Mundial por los enfrentamientos ideológicos que produjo, por las conclusiones políticas y bélicas a que dio lugar y porque coadyuvó a formalizar los bloques enfrentados desde 1939” (p. 1).

Ante esta situación internacional, la destreza de los dirigentes mexicanos consistía en acomodar cualquier estrategia exterior con los lineamientos internos: saber interpretar los principios de la Revolución para que fueran el pilar de legitimidad de la acción exterior presidencial. Por encima de todo, el presidente debía ser un hombre de la Revolución (p. 6). Lázaro Cárdenas lo logró y, como consecuencia, perdurarían los lineamientos de su política exterior hacia España hasta después de la muerte de Francisco Franco en 1975, con el restablecimiento de relaciones diplomáticas en 1977.

Después de un extenso repaso del apoyo de México al gobierno republicano durante la Guerra Civil —que incluyó el envío de armas al bando republicano y la apertura de puertas a los exiliados españoles—, Carlos Sola Ayape dedica su segundo capítulo a las relaciones entre México y España entre la Segunda Guerra Mundial y la llegada de Echeverría a Los Pinos en 1970. No hace falta hacer hincapié en que se habla de relaciones y no de falta de ellas, puesto que aunque no había relaciones diplomáticas entre los dos países, los intercambios económicos, comerciales e incluso culturales siempre fueron muy dinámicos.

El reconocimiento del gobierno de Francisco Franco por parte de las potencias occidentales, encabezadas por Estados Unidos, fue una muestra de que los tiempos estaban cambiando y de que, una vez ganada la Segunda Guerra Mundial e iniciada la Guerra Fría, el enemigo del mundo democrático no era ya el fascismo de Franco, sino el comunismo de la Unión Soviética. Franco, acérrimo enemigo del comunismo, se volvía ahora un amigo de Estados Unidos. Sola Ayape resume uno de los argumentos centrales del libro en la página 131:

Mientras que México seguía fiel a la República Española en el Exilio y mantenía firme su compromiso adquirido años atrás, el mundo occidental ya coqueteaba con Franco. Cosas de la Guerra Fría, en la que cada país jugaba la partida que más le convenía. La izquierda mexicana siempre vio con buenos ojos el compromiso de los inquilinos de Los Pinos con el republicanismo español en el exilio y los sectores más nacionalistas recibieron con mucho gusto que la política mexicana hacia España fuese contraria a los dictados de la Casa Blanca, una especie de reclamo independentista frente al poderoso vecino del norte, tal y como sucedería con las relaciones tan particulares que siempre se tuvieron con la Cuba castrista. Tomar distancia con el vecino del norte suponía estar enfrentado con el amigo (España), pero a la vez coquetear con el enemigo (Cuba).

Un argumento en el que el autor podría profundizar más es la falta de vigencia de la política exterior mexicana frente al caso español. El problema de los últimos presidentes mexicanos antes del restablecimiento de relaciones era que utilizaban siempre el mismo discurso, pero en contextos históricos que poco o nada tenían que ver con los años treinta, cuarenta o cincuenta (p. 134). En este respecto vale la pena recuperar una de las tantas frases célebres de José Ortega y Gasset: “Un pueblo no sólo ha de saber vencer, sino también ser vencido”. En el caso mexicano se tenía que valorar cuál sería el mayor beneficio económico y político para el país y si se trataba de una cuestión cuya vigencia hubiese expirado años atrás con la reconfiguración de los valores en la escena internacional. El autor presenta opiniones a favor y en contra de la firme postura mexicana en contra del régimen franquista sin dejar claro qué era lo que convenía más para el país.

En el capítulo dedicado al periodo presidencial de Luis Echeverría, destacan algunas hipótesis que resultan la mayor aportación del libro para un tema tan estudiado. Con la llegada de Echeverría al poder, las relaciones con los exiliados republicanos aumentaron y, por consiguiente, empeoraron con sus conciudadanos en la España franquista. El autor explica que la verdadera razón de este cambio en la política hacia España —recordando que durante el mandato de Gustavo Díaz Ordaz se esperaba el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Franco— está en la postulación de Luis Echeverría como candidato a la Secretaría General de Naciones Unidas. Así, bajo órdenes de Echeverría, se pidió la expulsión de España de Naciones Unidas e incluso el cese de relaciones diplomáticas de los países miembros con aquella España que violaba los derechos humanos y los valores democráticos. Sin embargo, Echeverría no era el mejor representante de dichos principios, pues era el mandatario de un régimen de partido hegemónico además de haber sido una de las principales figuras en la ma-

tanza de estudiantes de 1968. Las denuncias de Echeverría no tuvieron eco en el plano internacional y su candidatura en la ONU fue considerada por muchos como un fracaso al haber recibido únicamente tres votos.

El sexenio de Echeverría puede verse como la cúspide del conflicto con el régimen franquista. México fue entonces el único país que retiró todo tipo de relaciones –económicas, comerciales, postales e incluso de comunicación– con España. Sin embargo, este endurecimiento de la relación entre ambos países habría de durar poco tiempo debido a la muerte de Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975. A partir de entonces se empezaría a considerar el restablecimiento de relaciones con España, que, a pesar de las negativas de México, siempre estuvo dispuesta a restablecer las relaciones con su antigua colonia.

El libro concluye tratando el restablecimiento de relaciones en 1977 y con una extensa lista de las fuentes consultadas, principalmente fuentes primarias como periódicos, discursos y cartas entre mandatarios. Sin embargo, la mayor parte de estas fuentes primarias había sido consultada anteriormente en libros como el de José Antonio Matesanz, Thomas G. Powell y el de Mario Ojeda Revah; el lector echa de menos la reflexión de otros expertos y la utilización de otras fuentes. Por ejemplo, apenas se vislumbra la opinión de los sectores conservadores en México que no apoyaban la política gubernamental relativa a España. Asimismo, la repetición de algunos episodios, e incluso citas, hace que pierda fuerza la idea original del libro.

Otro problema de la obra es la falta de evidencia y de investigación sobre el punto de vista español: el autor no se cuestiona la importancia –o falta de ella– de México para España durante este periodo. En este mismo sentido, a pesar de que quedan claramente señalados los motivos políticos detrás de la postura mexicana frente al caso español, no se hace referencia alguna a los factores económicos ni a la repuesta empresarial o de otros grupos de presión sobre la suspensión de relaciones comerciales con España durante el mandato de Echeverría.

El libro muestra la persistencia de percepciones a lo largo de cuarenta años –la España franquista seguía siendo un país regido por fascistas; y para España, el México revolucionario no era más que un nido de cuervos rojos– y la importancia, y por tanto inamovilidad, de políticas exteriores cuyos fines reales eran internos. Por ello, la reanudación de relaciones diplomáticas debió esperar hasta la muerte de Francisco Franco.

Samantha Power, *Chasing the Flame: One Man's Fight to Save the World*, Nueva York, Penguin Books, 2008, 591 pp.

En 2008, Samantha Power, Directora de Asuntos Multilaterales del Consejo de Seguridad Nacional del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, publicó la biografía de uno de los diplomáticos más distinguidos en la historia de las Naciones Unidas: Sergio Vieira de Mello. *Chasing the Flame* es una biografía meticulosa que se encuentra en el límite de la delgada línea que divide al detalle del chisme. Lleva al lector desde Brasil, en donde nació Vieira de Mello, en un emocionante viaje que pasa por lugares remotos y desgarrados por la guerra como Líbano, Camboya, Bosnia, Ruanda, Tanzania, Zaire y Kosovo, hasta Iraq, en donde fue trágicamente asesinado. El libro es la historia de un hombre que “se movía con los titulares de las noticias”, como lo describe la misma Power, pero también es un recuento histórico de una organización –con todos los principios que defiende al igual que sus defectos– narrado mediante la vida de uno de sus miembros más sobresalientes. Es decir, el libro es una buena introducción a los retos a los que se enfrentó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el contexto del fin de la Guerra Fría, junto con las respuestas que se dieron a problemas que nunca antes se habían tratado. Además, la obra marca claramente la forma en que la Organización se fue adaptando a la realidad de la década de 1990 y la manera en que modificó su posición en torno a ciertos temas como resultado de un proceso de aprendizaje largo y a veces sumamente doloroso por las vidas que se perdieron en él.

Chasing the Flame está escrito por una periodista que reconstruyó una historia prácticamente de la nada, ya que nunca fue colega, subordinada o amiga cercana de Vieira de Mello. Su relación con el “protagonista” del libro se limita a una conversación que tuvieron mientras ambos se encontraban en los Balcanes. Por ende, para llevar a cabo esta tarea realizó más de trescientas entrevistas. La lectura pone en evidencia que armar el rompecabezas no fue una tarea sencilla, pues Vieira de Mello era prácticamente un gitano que trabajó con una amplia gama de personajes, incluidos autoridades de la ONU o de gobiernos (poderosos y no poderosos por igual), refugiados, guerrilleros y líderes religiosos, entre otros. Así, puede ser bastante cuestionable decir que Power presenta un punto de vista completamente neutral sobre episodios particulares ya que ese es el riesgo que se corre cuando se lleva a cabo una investigación basada en historia oral. Este es el caso particularmente en diversas secciones del libro que contienen citas textuales que no especifican la fuente; aunque ésta es una medida para proteger a los entrevistados, hace más difícil la evaluación de la objetividad de ciertos pasajes.

El libro es un recuento cronológico de la vida de Vieira de Mello. Inicia con su infancia narrando cómo su familia se mudaba continuamente de un país a otro, dada la labor diplomática de su padre. Dos temas fundamentales se derivan de esta sección del libro: su visión poco favorable del gobierno brasileño a causa de la injusta jubilación de su padre antes de la edad correspondiente, y de su participación en 1968 en las manifestaciones de estudiantes en París. La primera experiencia marcó su vida, ya que determinó que no ingresara al servicio exterior brasileño (p. 6), y la segunda expone su deseo por cambiar al mundo que, al final, lo llevó a las Naciones Unidas.

Vieira de Mello se integró al sistema de las Naciones Unidas vía la Oficina del Alto Comisionado para los Refugiados, dentro de la cual se desempeñó en Líbano, Camboya y Bosnia. Posteriormente estuvo encargado de los campos de refugiados en Tanzania y Zaire, establecidos como resultado del genocidio en Ruanda en 1994. El análisis de las decisiones que tuvo que tomar y las posibilidades disponibles en esos contextos tan particulares son, por mucho, la mayor contribución de *Chasing the Flame*. La razón de ello es que Power introduce al lector a los temas recurrentes a los que se enfrenta la Organización, como justicia y reconciliación en sociedades desgarradas por la guerra, ayuda humanitaria, administraciones internacionales y terrorismo.

A partir de los años noventa, las Naciones Unidas empezaron a participar de manera activa en la resolución de conflictos de índole interno.¹ Dentro de dicha tarea una de las primeras evoluciones de las operaciones de mantenimiento de la paz fue la de incluir el elemento de derechos humanos cristalizado en el tema de justicia y reconciliación. Sin embargo, el enfoque se ha transformado de las primeras misiones que se enviaron a las labores que se realizan hoy en día. La visión que se utilizó en el periodo posterior al fin de la Guerra Fría es ilustrada claramente por la participación de Vieira de Mello en Camboya. Ahí, las actividades políticas que llevó a cabo para repatriar a 360 000 camboyanos que se encontraban en Tailandia implicaban un dilema ético, pues suponían entablar un diálogo con los oficiales del Khmer Rouge, un grupo político conocido por sus acciones genocidas. La cuestión postulaba si era correcto o no acercarse a un

¹ La participación de la ONU en conflictos internos en el marco de operaciones de mantenimiento de la paz no fue una actividad que inició en la década de 1990. El ejemplo más claro de esto es la incursión en el Congo en 1964, que prácticamente llevó a la Organización al borde del colapso. Véase Mats Berdal, "The Security Council and Peacekeeping", en Vaughan Lowe, Adam Roberts, Jennifer Welsh y Dominik Zaum (eds.), *The United Nations Security Council and War: The Evolution of Thought and Practice since 1945*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 182-184.

grupo que había cometido violaciones masivas de los derechos humanos, pero que era, al mismo tiempo, uno de los actores clave para repatriar a los refugiados. Finalmente, Vieira de Mello fue muy pragmático y dialogó con el Khmer Rouge, pero se inclinó por la opción de olvidar los crímenes del pasado en lugar de juzgar a aquellos que los cometieron. En aquel momento, esta era una visión compartida en la ONU, la cual que no se modificó sino hasta después de las tragedias de los años noventa en Ruanda y Srebrenica. Hoy claramente ha habido avances a un grado tal que se cuenta ya con una Corte Penal Internacional.

El debate a propósito del tema de la asistencia humanitaria está presente en la narración de la crisis en Bosnia y del manejo de los campos de refugiados establecidos en Zaire como resultado del genocidio en Ruanda en 1994. En el primer caso, muchos críticos argumentaron que al proveer asistencia humanitaria pero no encontrar una solución política al problema, Vieira de Mello únicamente “repartía sándwiches en las puertas de Auschwitz”. Este es un problema inherente a todos los esfuerzos de asistencia humanitaria, que ha sido objeto de un debate sobre la eficiencia de la misma.² Hay quien incluso ha señalado que ésta, en lugar de aliviar el sufrimiento humano, lo puede prolongar al ser capturada (los alimentos son el caso más claro) por grupos insurgentes para posteriormente ser vendida a quienes, en última instancia, eran los destinatarios de la ayuda.³ Otro problema es que con el objetivo de llegar a la población, muchas veces los grupos humanitarios tienen que entablar relaciones prácticamente amistosas con quienes están causando la tragedia. En este sentido, se acusó a Vieira de Mello en Bosnia de “estar más interesado en agradecerle a las autoridades locales que en defender los intereses de aquellos que estaban sufriendo” (p. 179), tanto así que incluso se le llegó a apodar “Serbio”.

Otro de los casos que pone de relieve los problemas de la asistencia humanitaria fue el establecimiento de campos de refugiados en territorio de Zaire en el periodo posterior al genocidio en Ruanda en 1994. Ahí se instalaron miles de hutus en espera de que se estabilizara la situación en su país de origen. Sin embargo, también se convirtieron en el espacio que ocuparon milicias para lanzar una campaña que culminó en el derrocamiento del gobierno de Mobutu Sese Seko en Kinshasa. En dicho contexto, Vieira de Mello se enfrentó a una situación que lo ponía entre la espada y la pared. Por un lado, los gobiernos de Tanzania y Zaire pedían desman-

² Véase Mary B. Anderson, *Do No Harm: How Aid Can Support Peace –or War*, Londres, Lynne Rienner, 1999.

³ La crisis en Somalia a principios de la década de 1990 es un buen ejemplo en el que los “señores de la guerra” capturaban los alimentos que las organizaciones internacionales estaban enviando a la población civil.

telar los campos por la amenaza que representaban a la seguridad del Estado y por las implicaciones económicas de mantenerlos. Por el otro, el gobierno tutsi en Ruanda había adoptado una posición revanchista contra los hutu, lo que implicaba que su seguridad estaba lejos de estar asegurada si decidían regresar.

Es en este punto que el análisis realizado en *Chasing the Flame* claramente ilustra los dilemas a los que se enfrenta la ONU. Los Estados miembros de la Organización se negaron a dotarla de los instrumentos necesarios para desarmar a las milicias que operaban en los campos de refugiados. Sin embargo, al final, fue a las Naciones Unidas a quien se le culpó de no haberlas controlado e indirectamente provocar la caída del régimen de Mobutu. También se culpó a Vieira de Mello de no haber evitado una catástrofe humanitaria al no desmantelar los campos de refugiados antes de que los gobiernos de Tanzania y Zaire lo hicieran de manera unilateral. No obstante, de haberlo hecho se habría señalado que se estaba obligando a regresar a los refugiados Hutus en un momento en que el gobierno tutsi en Kigali estaba tomando medidas contra ellos. La decisión no era nada fácil y los Estados miembros tampoco ayudaban.

Chasing the Flame también colabora para entender los cambios que ha sufrido la Organización, en especial en materia de derechos humanos y protección de civiles en conflictos armados. Power vuelve a utilizar el caso de Bosnia para mostrar la manera en que la tragedia en las áreas protegidas modificó las ideas de Vieira de Mello sobre la centralidad de los individuos en la labor de la ONU y su posición a propósito del tema de justicia y reconciliación al que ya se ha hecho referencia. Después de la caída de Srebrenica, el diplomático señaló que con ese incidente “los países occidentales y las instituciones internacionales habían expuesto ‘los límites de nuestra conciencia moral’” (p. 186). Después de esto, Vieira de Mello reconoció la necesidad de castigar los crímenes del pasado como la única manera en que una sociedad podía recobrase de las tragedias de la guerra; cerca del mismo periodo, la ONU hizo lo propio. Tanto Ruanda como la tragedia en Bosnia fueron las llamadas de atención que iniciaron el desarrollo de una doctrina de intervención consagrada hoy en la norma de la “Responsabilidad de Proteger”.⁴ También propiciaron la creación de tribunales penales internacionales *ad hoc* que fueron el antecedente directo de la Corte Penal Internacional.

A finales de la década de 1990, Vieira de Mello fue ascendido a los niveles más altos de la ONU. Entre los puestos que ocupó se encuentra el de

⁴ Véase el Documento final de la Cumbre Mundial de 2005, documento de las Naciones Unidas A/RES/60/1, párrafos 138-139.

Representante Especial del Secretario General para Kosovo y Timor Oriental, en donde se convirtió en un “dictador benevolente”. Ambos encargos tenían algo en común: era la primera ocasión en que la autoridad de las Naciones Unidas tenía tanto alcance, que básicamente la Organización se convirtió en lo que Richard Caplan ha llamado una “autoridad soberana subrogada”.⁵ En el caso de Kosovo, Vieira de Mello estuvo al frente por un periodo muy corto hasta que se nombró a Bernard Kouchner, fundador de *Médecins sans Frontières* y hoy canciller de Francia, para ocupar el puesto de manera permanente. Sin embargo, no mucho después, se le envió a Timor Oriental para desempeñar la misma tarea, pero por un periodo de dos años y medio. El tema que recorre todos los capítulos del libro referentes a este episodio es el de la pertenencia del proceso político.⁶

Timor Oriental habría de convertirse en un Estado independiente, pero antes de ello las Naciones Unidas estarían presentes como autoridad de transición. Sin embargo, la población local reclamaba tener una participación considerable en el proceso que finalmente desembocaría en su independencia. Para esto Vieira de Mello buscó establecer un Consejo Nacional Consultivo; pero éste de poco servía pues, al final, las decisiones las tomaba él. En otro esfuerzo creó la Administración de Transición de Timor Oriental, en la que él mismo designó a ministros timorenses bajo la advertencia de que los errores serían de ellos y no habría oportunidad de culpar a la ONU. El debate a propósito de la pertenencia está lejos de estar resuelto. Simon Chesterman insiste en que ésta debe ser el fin pero no el medio.⁷ La discusión no ha vuelto a surgir porque la Organización no ha establecido nuevas administraciones de transición. Sin embargo, frente a las situaciones de colapso estatal a las que se está enfrentando, es posible que en el futuro cercano volvamos a ver la utilización de este instrumento.

Finalmente, muy poco tiempo después de haber sido nombrado Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Vieira de Mello llegó a Iraq en 2003 como Enviado Especial del Secretario General. La estrategia política a utilizar era muy complicada, pues necesitaba enviar el mensaje de que la ONU se encontraba ahí para ayudar a los iraquíes sin ser hecho a un lado por la coalición encabezada por Estados Unidos o presentar una imagen en apoyo de lo que se consideraba una ocupación

⁵ “The Security Council and International Administration of War-Torn and Contested Territories”, en V. Lowe, A. Roberts, J. Welsh y D. Zaum, ed. cit.

⁶ La palabra *pertenencia* es la traducción de lo que en inglés se ha llamado *ownership*.

⁷ “Transitional Administration, state-building and the United Nations”, en Simon Chesterman, Michael Ignatieff y Ramesh Thakur (eds.), *Making States Work, State Failure and the Crisis of Governance*, Tokio, United Nations University Press, 2005, p. 344.

ilegal. Sin embargo, de acuerdo con Power, Vieira de Mello fracasó en su labor por participar demasiado de cerca en la formación del Consejo de Gobierno de Iraq, que se percibía como una autoridad ilegítima nombrada por Estados Unidos.

Los ataques de 2003 en contra de la sede la ONU en Bagdad, en donde Vieira de Mello perdió la vida de manera trágica, merecen ser examinados. Después del atentado, las investigaciones revelaron que fueron obra de Al-Qaeda y que el blanco era Sergio Vieira de Mello. Sin embargo, su labor en Iraq no fue el motivo para su asesinato, sino sus supuestas acciones para separar a Timor Oriental de Indonesia y para dividir Bosnia y Herzegovina, ambos países musulmanes (p. 514). Esto muestra cómo los ideales que la ONU defiende pueden chocar con los puntos de vista de algunos grupos extremistas y también ponen en evidencia el peligro al que están expuestos aquellos individuos que trabajan para la Organización.

Power concluye su libro con algunas lecciones aprendidas. Sin embargo, es muy difícil entender si éstas se derivan de la vida de Vieira de Mello o si más bien están dirigidas a influir en la agenda de política exterior del presidente estadounidense Barack Obama. Esto no hace irrelevantes las recomendaciones, pero sí dejan al lector con una sensación de una historia inconclusa. El libro no es sobre Estados Unidos, sino sobre las Naciones Unidas; y Power no logra decirnos el camino hacia delante para la Organización, ya que está evidentemente más preocupada por el futuro de la política exterior estadounidense.

El texto, a pesar de ser una biografía y no un análisis de la ONU y su “nueva” agenda de seguridad internacional derivada de la realidad de la década de los años noventa, es una buena introducción a los debates clásicos de la participación de organizaciones internacionales en conflictos de naturaleza interna. Sin tomar una posición o entrar profundamente en la literatura tan amplia que cubre los temas, Power logra darle al lector un primer acercamiento, por medio de una historia por demás emocionante, a los dilemas inherentes a las actividades de las Naciones Unidas. Las virtudes del libro superan a sus fallas y por ello debe ser leído por cualquier interesado en las Naciones Unidas, la política internacional, y, especialmente, por aquellos estudiantes que deseen colaborar con la Organización. Más aún, puede resultar un ejercicio interesante para que aquellos escépticos de las labores de la ONU comprendan los alcances y límites de la misma.

DIEGO A. DEWAR VISCARRA

Charles Tilly, *Contentious Performances*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, 235 pp.

[Tilly's] *theoretical subject is no less than how the modern world got to where it is today; his empirical effort centres on the unfolding of different forms and processes of collective action.*¹

Dejaré de lado los estudios contenciosos británicos de los siglos XVIII y XIX, para intentar ver un poco más allá de los movimientos sociales y poder admirar la forma en que Charles Tilly hacía ciencia. Si esta reseña tuviera título sería *Descifrando a Tilly según Tilly*; a lo largo de ésta se entenderá por qué. Primero, procederé a exponer someramente qué es lo que Tilly expone en este libro. Luego, intentaré extrapolar la teoría de los repertorios fuertes del autor a otro campo diferente al de la *contención** o contienda, es decir, al estudio que presenta en *Contentious Performances*. Finalmente, expondré algunas de las virtudes que, a mi parecer, poseía el autor.

Empecemos con la primera parte. Un plantón en la avenida Reforma, una marcha hacia el zócalo para demandar seguridad o un desfile a favor, o en contra, de los derechos de los homosexuales son eventos en los que ciertas personas hacen demandas a otras. Tilly los trataría como ejemplos de movimientos sociales. La forma en que exigen sus demandas es similar; pero si los perredistas, las personas que demandan seguridad y los homosexuales tienen acceso relativamente fácil a explosivos caseros o a armas de varios tipos, ¿por qué no los usan para exigir sus demandas?, ¿cómo es que las bombas suicidas no son una opción? Usando términos de Tilly, si les es técnicamente posible, ¿por qué no usan otra forma de argumento contencioso?

Algo similar percibió Tilly mientras estudiaba la historia de la *contención* popular francesa de los siglos XVII al XX. Tilly piensa que, en general, los participantes de las luchas y los levantamientos siguieron guiones disponibles para su uso, los cuales adaptaron y cambiaron sólo poco a poco. De modo teatral llama a los guiones “repertorios”; y a la puesta en escena y adaptación de dichos guiones, “ejecuciones” (en inglés *performances*).

¹ Sidney Tarrow, “Big Structures and Contentious Events: Two of Charles Tilly’s Recent Writings”, *Sociological Forum*, núm. 1, 1987, p. 192.

* La palabra inglesa *contention* se refiere, en la obra de Tilly, a un movimiento o manifestación social, cuyo carácter discursivo es contencioso respecto al gobierno; es un acto de oposición política. En español, la palabra *contención* tuvo el sentido, ya en desuso, de disputa o contienda. Por conveniencia de la exposición, y sin ánimo de promover un anglicismo, la presentamos así y en cursivas. [E.]

Entonces, en los tres casos que mencioné anteriormente –el plantón de Reforma, la marcha por la seguridad y el desfile a favor, o en contra, de los derechos homosexuales– el repertorio, que en estos casos es el movimiento social, limita en el corto plazo las acciones de los participantes, toda vez que éstos no pueden tomar un arma y matar a todos, es decir, toda vez que pueden llevar a cabo ciertas ejecuciones y otras no. Pero en el largo plazo sucede un proceso lento de acumulación de las innovaciones individuales resultantes de la adaptación de las ejecuciones, que va cambiando y dando forma a los repertorios.

Este libro se pregunta por qué y cómo las ejecuciones, mediante las cuales se demanda, surgen, desaparecen o cambian. Y responde haciendo una generalización: las más abrumadoras disputas colectivas públicas incluyen repertorios fuertes, en los que, como actores, los participantes siguen un guión en el cual innovan y en el que se requiere aprendizaje colectivo y adaptación incesante.

Ahora procederé a la parte en la que me acerco a Tilly desde su propia perspectiva. El libro se puede entender mejor haciendo uso de las metáforas de las que echa mano a lo largo de su explicación de la política contenciosa. De hecho, su teoría sirve para descifrar su complejo estudio de la *contención*. Tal vez el autor no estaba consciente de ello, o pensaría que esto era una mala idea, pero él mismo presenta las herramientas necesarias para que cualquiera que quiera ver más allá de las palabras lo descubra.

Tilly monta algo similar a una obra de teatro, basada no en un *best seller*, sino en un repertorio metodológico exhaustivo. Pero no es el único autor de este repertorio, sino que, al igual que los ingleses en los siglos XVIII y XIX, utilizó uno ya existente. Tomó de varios autores, como Botz, Kriesi, Rucht, McPhail, Tarrow, Wada y Franzosi, que ya habían estudiado la los movimientos contenciosos, como él mismo, ideas y métodos para innovarlos y utilizarlos de la manera que creyó conveniente para probar su teoría; a saber, que la *contención* se basa en un repertorio en el cual los participantes innovan poco a poco.

Para él hubiera sido técnicamente posible usar otros métodos, como el de las ciencias naturales. Podría haber creado un “laboratorio contencioso” en el que los individuos, sometidos a estímulos, como cambios de precios, hubieran sido observados detrás de un espejo. Pero, aunque era factible, Tilly no usó ese método, quizás porque sabía que en la estructura de posibilidades científicas (haciendo alusión a su estructura de posibilidades políticas) no es aceptable someter a humanos a pruebas de laboratorio. Entonces, claramente las ejecuciones de Tilly seguían un guión en el cual innovó. Así como trató la interacción tanto longitudinal como trans-

versal de repertorios, los estudios de autores anteriores o contemporáneos a Tilly afectaron, positiva o negativamente, su estudio.

Tilly presenta brevemente los trabajos hechos por otros siete autores y toma de ellos lo que le sirve, mientras que desecha lo que no le sirve y, asimismo, innova. De los estudios de Gerhard Botz, Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht toma el buen manejo de los métodos cuantitativos para estudiar la *contención*; aunque piensa que no es suficiente para mirar dentro de las ejecuciones contenciosas y discernir sus dinámicas. Del estudio de Clark McPhail aprendió que la descripción fina de los eventos es muy importante, pero tampoco suficiente. Para Tilly, la relación entre lo que las personas hacen colectivamente en los niveles micro y macroanalítico es muy importante como para ignorarse. Estos deben verse como relacionados y no como probabilísticamente conectados. Sidney Tarrow, Takeshi Wada y Roberto Franzosi le aportaron la lección de que es factible analizar las dinámicas internas de los episodios contenciosos utilizando verbos que caractericen las acciones y conecten a los actores, en lugar de conformarse con simples clasificaciones de acontecimientos.

También cabe mencionar que es claro que Tilly es de la misma escuela que Theda Skocpol: ambos fueron alumnos de Barrington Moore, de quien tomaron el interés en obtener modelos generalizables. Para Tilly, todo movimiento social, al igual que para Moore los cambios sociales y para Skocpol las revoluciones, depende de una base de conexiones entre participantes potenciales de la demanda colectiva, que impulsan el movimiento; es decir, son estructuralistas. Los tres también consideran el tipo de régimen —democrático, fascista, etc.—, como un factor a considerar. Pero Tilly no ve el cambio de régimen como el fin del proceso de transición, sino como una variable más en dicho proceso. Tilly, al igual que Skocpol, considera fundamental el factor internacional, no sólo por las repercusiones internas que tienen los factores externos, como la guerra, sino también por la influencia que ejercen los cambios de un régimen en los otros.

Tilly desarrolló varias ejecuciones de su repertorio de posibilidades metodológicas. Esas ejecuciones son sus estudios de casos particulares de contienda ubicados en contextos específicos. Pero, de nuevo, Tilly no fue autor de estos estudios; en algunos casos se involucró directamente en su realización, en otros simplemente tomó estudios ya hechos y los mejoró o, por lo menos, advirtió cómo se podrían mejorar.

En cuanto a sus aportaciones, Tilly selecciona métodos y estudios para transmitir mejor su percepción de cómo es que funciona la política contenciosa e iluminar la tensión existente entre los análisis prospectivo y retrospectivo. De hecho, argumenta que esta tensión conduce su estudio. Por un lado, busca aclarar retrospectivamente cómo ocurren los cambios en las

ejecuciones y repertorios; por otro, intenta explicar de manera prospectiva cómo los repertorios y ejecuciones previamente existentes dan forma a la manera en que los individuos exigen sus demandas. El autor no utiliza sólo una forma de análisis –prospectivo o retrospectivo–; no escoge una sola como la mejor, sino que aprovecha la tensión entre ambas para dirigir su estudio. Enseña, en este caso, una gran lección metodológica, aunque no la única.

Como él mismo advierte, hay otra lección, pues no elige entre métodos cuantitativos y cualitativos, sino que se sitúa en el punto medio en el que el rigor lógico de los análisis formales se encuentra con los matices de la narración literaria de la interacción humana. Esto se debe a la naturaleza del objeto de estudio, que es la política contenciosa. Tilly usó lo que para Tarrow es la mejor estrategia de investigación: la triangulación. Es decir, trianguló estudios de caso longitudinales, locales y cualitativos con los resultados de correlaciones transversales, nacionales y cuantitativas.² En otras palabras, representa muy bien lo que buscaba Gabriel Almond cuando afirmó que “para entender el comportamiento humano racional –y de hecho, el comportamiento animal–, necesitamos algo de carácter *intermedio* entre el azar absoluto y el determinismo perfecto. [...] Cosas no físicas como los *propósitos, deliberaciones, planes, decisiones, teorías, intenciones y valores* pueden contribuir para provocar cambios físicos en el mundo físico”.³

No obstante, hay una tercera lección no tan explícita. Según Sidney Tarrow, “Tilly es un sociólogo histórico cuyo trabajo es mejor conocido por científicos políticos orientados a la comparación y por historiadores orientados a la sociología [...] La concepción que tiene Tilly sobre la práctica de la historia rechaza la división entre esta y el análisis social.”⁴ Tarrow reseña dos obras de Tilly –*Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* por un lado y *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle* por el otro– y asegura que podrían incluirse en las tres disciplinas. No obstante, el problema que él identifica es que el objetivo de Tilly era encontrar teorías sociales a nivel macrohistórico recolectando datos en el microhistórico. Según Tarrow, Tilly hizo estos dos esfuerzos por separado –el macrohistórico en *Big Structures* y el microhistórico en *The Contentious French*–, sin demostrar secuencias causales entre ambos.

Parece que Tilly siguió al pie de la letra las críticas de Tarrow, pues en *Contentious Performances*, de nuevo, no elige un tipo de análisis, sino que

² Véase Sidney Tarrow sobre: Gary King, Robert O. Keohane y Sidney Verba, *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

³ Gabriel Almond, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, FCE, 1999, p. 53.

⁴ Sidney Tarrow, art. cit., pp. 192 y 198.

combina ambos para obtener resultados más completos. A diferencia de Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas*, no tuvo que elegir un tipo de descripción –fina o densa. Tilly usa ambas de la siguiente manera:

1. Descompone los episodios contenciosos en interacciones particulares.
2. Detecta conjuntos de interacciones que comprendan episodios diferentes.
3. Identifica las “ejecuciones” aprendidas que agrupan a ciertos episodios juntos.
4. Ve cómo las “ejecuciones” se reúnen dentro de repertorios y campañas.
5. Observa cómo una campaña afecta la siguiente y
6. Analiza cómo el cambio incremental de campaña a campaña se transforma en cambio de “repertorios” en el largo plazo.

Pero no sólo eso, sino que también ubica los episodios contenciosos en contextos políticos y observa cómo la contención modifica esos contextos y viceversa. Esos contextos se tratan como régimen (que es la relación entre el gobierno en su jurisdicción y los principales actores políticos, y entre los mismos actores políticos); como estructura de oportunidades políticas en un régimen (que son las oportunidades de los que hacen las demandas y sus amenazas); y en la estructura de oportunidades políticas (es decir, como esbozos de la situación estratégica que enfrentan los actores que exigen demandas). Dicho en palabras de Tarrow, “aunque Tilly fue parte de la generación de historiadores de la década de 1960 que defendían la historia desde abajo, los movimientos que estudió no tenían sentido excepto dentro de un contexto político”.⁵ Lo anterior muestra de mejor manera la relación con su compañera Theda Skocpol y su profesor Barrington Moore: el estructuralismo. Tilly observaba relaciones de grupos de dos o más personas, que están dadas por el contexto institucional y el régimen dentro del cual se organizan los individuos.

De esta forma, en el capítulo cinco, Tilly estudia la campaña que se suscitó alrededor de la reina Carolina de Brunswick a finales del siglo XVIII y en las dos primeras décadas del XIX. En cuanto a las interacciones, la mayoría de las que sucedieron en esas fechas estuvieron relacionadas con la realeza (en 1820, por ejemplo, 144 de 274 reuniones contenciosas). Éstas se reunieron en diferentes episodios: cuando Carolina se exilió en el continente, cuando se inició una investigación parlamentaria en su contra, cuando la Cámara de los Lores aceptó las acusaciones en su contra, cuando se abandonó su caso (debido al creciente apoyo que ganó) y, finalmente, cuando murió.

La campaña de la reina Carolina combinó, según Tilly, ejecuciones de dos repertorios: el movimiento social (despliegues de dignidad, unidad y

⁵ *Ibid.*, p. 198.

compromiso de grandes números de personas) y los del tipo del siglo XVIII (obtención de declaraciones forzosas, ataques a figuras públicas y numerosas ceremonias públicas). En el mismo capítulo, Tilly explica cómo el repertorio del movimiento social se volvió políticamente disponible y cómo la campaña en contra de la esclavitud (de 1789 a 1795) influyó en la de la reina Carolina; siempre, claro, ubicándolas en épocas y contextos políticos determinados.

Finalmente presentaré, a manera de conclusión, otra virtud que pude observar en *Contentious Performances*. Tilly, en su afán por obtener la aprobación científica de su teoría de los repertorios (publicada por primera vez en 1977), pide verificación empírica, modificaciones o *falsaciones* de la misma. Como nadie respondió a este pedido, después de 31 años de haberla ideado decidió probar la hipótesis él mismo, de lo que resultó este libro, que no es más que un esfuerzo por explicar, verificar y refinar los conceptos de ejecución y repertorio. Sabe que como el creador de dicha teoría no es el más adecuado para ponerla a prueba, pero lo hace porque el estudio de la política contenciosa se enriquece del fuego cruzado. Considero que su trabajo fue satisfactorio, pues presenta de manera clara su teoría y especifica exhaustivamente el método que usó para probarla así como sus posibles fallas.

Lo más curioso es que, a pesar de ser su creación, concluye “modestamente” que no pudo ganar el caso de los repertorios fuertes; en pocas palabras no pudo probar su teoría: que las más abrumadoras contiendas colectivas públicas incluyen repertorios fuertes, en los que, como actores, los participantes siguen un guión en el cual innovan y en el que se requiere aprendizaje colectivo y adaptación incesante. Parece extraño que el autor de una teoría no pueda probarla, pero esto, en vez de hablar mal de él, reafirma que no buscaba verdades absolutas, sino una forma de estimular el estudio del mundo y de acercarse a esas verdades, si es que existen.

Charles Tilly dejó una agenda de investigación pendiente. Reconoce otro tipo de regímenes que influyen a los repertorios y dan forma a la *contención*. Me refiero a las estructuras de poder internacionales. A pesar de que estos regímenes internacionales no son nuevos, la política de los regímenes nacionales sigue dominando la *contención*. Tilly no se ocupó de ellos a lo largo del libro, pero para él, “un libro que no formula nuevas preguntas no resueltas es apenas digno de ser escrito... o leído” (p. 199).

RAFAEL ARRIAGA CARRASCO

Jorge I. Domínguez, Chappell Lawson y Alejandro Moreno (eds.), *Consolidating Mexico's Democracy: The 2006 Presidential Campaign in Comparative Perspective*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2009, 366 pp.

En el prefacio de este libro los editores afirman que la obra “busca comprender cómo una campaña puede moldear los resultados de una elección nacional en una democracia relativamente nueva. Nuestro objetivo principal es analizar la opinión pública y el comportamiento electoral en las elecciones presidenciales de 2006 en México a la luz del análisis académico en Estados Unidos y otros países” (p. xi). El libro sin duda es una contribución significativa para los estudios electorales en México, pero veo en él dos aspectos debatibles.

En primer lugar, la de 2006 distó mucho de ser una elección en la cual se consolidara el proceso de democratización en México; por el contrario, estuvo plagada de irregularidades: una campaña negativa e ilegal del Consejo Coordinador Empresarial, la participación también indebida, según el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, del presidente de la República en favor del candidato de su partido y la incapacidad de las instituciones electorales del país para establecer una competencia equitativa y un resultado con certeza jurídica. Como afirma Jose Antonio Crespo:

Puede decirse que la elección presidencial de 2006 representó un fracaso en tanto no pudo arrojar un consenso sobre el resultado o sobre la idea de que quien ganó oficialmente, el panista Felipe Calderón, lo hizo en buena lid. Eso lo comprueban las encuestas del momento, que reflejan que sólo cerca de la mitad creyó en la victoria de Calderón, y la otra mitad la puso en duda (de la cual, 35% pensó que ganó Andrés Manuel López Obrador, del PRD, y que la elección le fue robada por fraude; el restante 15% se declaró incapaz de saber quién ganó.¹

El segundo aspecto objetable es que, si bien refleja la situación en Estados Unidos de la literatura sobre elecciones mexicanas, hay un cierto silencio sobre trabajos que académicos mexicanos realizaron y continúan realizando sobre el tema de la democratización y las elecciones en México.²

¹ José Antonio Crespo, “El proceso de escrutinio y cómputo. Omisiones de las autoridades electorales”, *Política y Gobierno*, volumen temático: *Elecciones en México*, 2009, p. 202.

² Véase: Jorge Buendía y Fernanda Somuano, “Participación electoral en nuevas democracias: la elección presidencial de 2000 en México”, *Política y Gobierno*, vol. 10, núm. 2, 2003, pp. 289-323. José Antonio Crespo, 2006: *hablan las actas. Las debilidades de la autoridad electoral mexicana*, México, Debate, 2008. Rogelio Hernández, “La historia moderna del PRI: entre la autonomía y el sometimiento”, *Foro Internacional*, vol. 40, núm. 2, abril-junio de 2000, pp. 278-

Además de la introducción y las conclusiones, el libro está dividido en tres partes. La primera trata sobre los factores estructurales en una nueva democracia. Los capítulos 2 y 3, de Roderic Ai Camp y Joseph Klesner, presentan una fotografía del electorado mexicano. Según Camp, los electores se autoclasifican en términos ideológicos de la siguiente manera: 33% se consideran de centro, 21% de izquierda y 19% de derecha; queda 27% de los que el autor no especifica si se rehusaron a contestar la pregunta o no saben. En el capítulo 6, Kathleen Bruhn y K. Greene argumentan que si bien el electorado en 2006 se encontraba en su mayoría en el centro, los candidatos tanto del PAN como del PRD tuvieron posiciones más a la derecha y a la izquierda; en otras palabras, en la elección de 2006 la polarización ocurrió sobre todo entre las élites partidistas más que entre el electorado.

J. Klesner presenta en el capítulo 3 un análisis sociológico de los votantes. Su estudio coincide con datos ya publicados sobre la importancia de la identidad partidista como variable explicativa del voto en las elecciones mexicanas.³ Alude también a una división en términos de género –los hombres tienden a votar más por la oposición que por el partido del presidente– y de ingreso, porque los grupos más ricos tendieron a apoyar a Felipe Calderón (candidato del PAN), quien obtuvo menos de 30% de sus votos de electores con ingresos inferiores a 4 000 pesos. Un hallazgo interesante es que, a pesar de que Andrés Manuel López Obrador (AMLO, candidato del PRD) enfatizó como parte de su campaña el combate a la pobreza, su apoyo vino de todos los grupos sociales con excepción de los mexicanos más ricos. En términos sociodemográficos, Klesner y Andy Baker (en el capítulo 4) destacan la relevancia de las divisiones regionales: el norte (excepto Baja California Sur) y el centro occidente del país votan mayoritariamente por el PAN; mientras que el centro y el sur del país (menos Yucatán), por el PRD.

Klesner presenta una explicación multicausal a estas divisiones que incluye: 1) las culturas políticas de las regiones, en particular la importancia del catolicismo y la guerra cristera en el centro occidente de México; 2) diferentes niveles de desarrollo económico vinculado al proceso de integración con Estados Unidos; 3) los patrones de competencia partidista desa-

306. Mauricio Merino, *La transición votada: crítica a la interpretación del cambio político en México*, México, FCE, 2003. Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz, *Movilización y democracia: España y México*, México, El Colegio de México, 2008. Jacqueline Peschard, "Elecciones 2006 en México: la legitimidad disputada", en Manuel Alcántara y Fátima García Díez (eds.), *Elecciones y política en América Latina*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008. Ricardo Raphael, *Los socios de Elba Esther*, México, Planeta, 2007.

³ Fernanda Somuano y Reynaldo Ortega, "La identificación partidista de los mexicanos y el cambio electoral, 1994-2000", *Foro Internacional*, vol. 43, núm. 1, enero-marzo de 2003, pp. 10-38.

rollados a lo largo del proceso de transición. Según este argumento, fuera de la Ciudad de México, en donde la oposición surgió antes, el PAN estableció una presencia difícil de modificar. El PRD, desde 1988, cuando entró en escena,⁴ ganó ventaja, especialmente en los lugares donde la competencia se desarrolló a partir de divisiones internas del PRI (pp. 65-58). A su pregunta, ¿por qué el PAN no ha conseguido entrar en el sur?, Klesner repite los argumentos 1 y 2, es decir, una cultura política regional y las diferencias en el nivel de desarrollo económico. A la falta de competitividad del PRD en el norte, la respuesta de Klesner es política: PAN y PRI han mantenido fuera al PRD de las luchas locales del norte y el centro occidente del país. En esta parte del texto, Klesner arriesga una hipótesis importante: “a menos de que le PRI se colapse, permitiéndole al PRD tomar partes del norte y del centro, los patrones de división regional actual continuarán, [...] de hecho estas bases regionales de competencia partidista quizá se fortalezcan” (p. 69).

Ahora bien, Klesner aclara que los factores demográficos, incluyendo la región, sólo explican 20% de la variación del voto; otros factores como

los valores políticos, la evaluación sobre el presidente y la economía, las cualidades del candidato y los mensajes de campaña moldean las decisiones de los votantes más que las características sociodemográficas. Sin embargo, quizá estamos siendo testigos del surgimiento de divisiones partidistas en torno a la respuesta de la nación a la globalización, incluyendo la integración económica en América del Norte. [p. 69]

En buena medida, el resto del libro analiza todos esos factores. Los capítulos de la segunda parte se centran en los candidatos y en las estrategias de campaña; y los de la tercera, en la ideología, la imagen y los intereses.

Antes de entrar a esos temas, debo destacar el capítulo 4, de Andy Baker, donde procura dar explicación a la importancia de las regiones y las divisiones partidistas a partir de redes políticas de discusión; la hipótesis es que, para explicar por quién vota la gente, “el ambiente social y la oferta de interlocutores importan por encima y más allá de las características individuales” (p. 84). Suponiendo que tenemos un votante sureño y uno norteño con características individuales casi idénticas (ingreso, educación, sexo, etc.), parte de la explicación de por qué el norteño tenderá a votar por el candidato del PAN está en que es más probable que ese votante encuentre interlocutores panistas, mientras que el votante sureño encontrará interlocutores perredistas. Ahora bien, el autor acepta que las diferencias entre

⁴ En realidad el PRD surge en 1989, pero se puede considerar al FDN como su antecedente más importante.

el voto por Madrazo (candidato del PRI) y AMLO (candidato del PRD) no pueden ser del todo explicadas a partir de su modelo, que incluye efectos regionales, características individuales y redes de discusión. Factores explicativos omitidos, opina el autor, pueden ser el clientelismo y la fuerza de las maquinarias electorales, particularmente importantes para el PRI, pero deja ese tema para investigaciones futuras.

En la segunda parte del libro (capítulos 6, 7, 8 y 9), Kathleen Bruhn, K. Greene, David Shirk, Joy Langston y nuevamente K. Bruhn analizan los procesos de selección de candidatos de los tres principales partidos (PRI, PAN y PRD), así como la campaña. Los autores subrayan los problemas del PRI para hacer una elección interna creíble, la fortaleza institucional del PAN, a pesar de su poca apertura al electorado y de la débil implantación territorial del PRD, que representó un problema significativo en la elección del 2006.

La tercera parte del libro se centra en los temas de ideología, imagen e intereses. El capítulo 10 trata sobre volatilidad electoral. En él, Francisco Flores Macías argumenta que los independientes y los votantes moderados, quienes están poco informados, fueron pieza clave para explicar el descenso en el apoyo electoral a AMLO. Así, mientras que en octubre de 2005 37% de esos votantes apoyaban al candidato de la Coalición por el Bien de Todos –frente a 19%, que apoyaba a Calderón–, para julio de 2006 el apoyo a AMLO por parte de esos grupos había disminuido a 31% mientras que el apoyo a Calderón aumentó a 35%. Encontramos parte de la explicación de ese cambio en el artículo de Alejandro Moreno, quien en el capítulo 11 argumenta que los estrategas de la campaña de Calderón “activaron el voto económico en 2006”. Así, los votantes, con percepción favorable de la situación de la economía, apoyaron de manera sustantiva al candidato del partido gobernante. Aquí habría sido importante analizar con mayor profundidad la campaña negativa en contra de AMLO.⁵

En el capítulo 12, Alberto Díaz Cayeros, Federico Estévez y Beatriz Magaloni tocan el tema del clientelismo o mejor dicho la importancia de ciertos programas sociales para explicar el “triumfo” del PAN. Según los autores, los programas “Oportunidades y Seguro Popular hicieron posible la victoria del PAN en 2006, pero los votantes actuaron de acuerdo a su libre

⁵ Para un análisis de esa campaña véase: José Luis Bustos Villegas; “Las preferencias electorales de los mexicanos durante las campañas presidenciales de 2000 y 2006”, tesis de licenciatura en Administración Pública, México, El Colegio de México, 2007; Fernando Efraín Rudy Hiller, “En busca del voto del miedo: la construcción mediática de López Obrador como un peligro para México en la campaña de 2006”, tesis de maestría en Ciencia Política, México, El Colegio de México, 2009; Javier Treviño Rangel, “Pánico moral en las campañas electorales de 2006: la elaboración del ‘peligro para México’”, *Foro Internacional*, vol. 49, núm. 3, julio-septiembre de 2009, pp. 638-689.

elección” (p. 230). Más que hablar de compra de votos, los autores, como Alejandro Moreno en el capítulo anterior, subrayan el buen diseño de la campaña de Calderón para minar los apoyos de AMLO. Los capítulos 13 y 14, de Kenneth Greene y James A. MacCann, vuelven al tema de la ideología y a los temas de la campaña.

En las conclusiones del libro, Jorge Domínguez sostiene que las elecciones de 2006 confirmaron tendencias anteriores. Por ejemplo, según el autor, “Wayne Cornelius y Ann Craig fueron algunos de los primeros que llamaron la atención sobre el efecto de largo plazo que la disminución del sector rural tendría en la capacidad del PRI para prevalecer”. En realidad, esa observación fue hecha con mucha anterioridad por autores como Pablo González Casanova y Rafael Segovia,⁶ quien en su estudio sobre las elecciones legislativas de 1973 destacó la relevancia del voto urbano para explicar el lento avance del voto panista. Finalmente, Domínguez opina que el libro contribuye a la investigación sobre comportamiento electoral en cinco rubros: 1) Una perspectiva amplia sobre la estructura de la opinión pública mexicana y su orientación en términos ideológicos; 2) la importancia de la movilización de los votantes a partir del trabajo en las campañas en donde se destacaron ciertos temas (lo que se conoce en la literatura sobre elecciones como *priming*—imprimir, cebar, preparar al elector—) para movilizar a los votantes; en particular el trabajo de la campaña de Calderón logró que los votantes que pensaban que la economía del país iba bien votaran por el partido gobernante; 3) vinculado al fenómeno anterior, la capacidad de ciertos candidatos para apropiarse de temas centrales; 4) la explicación de las divisiones electorales regionales a partir de redes de discusión que refuerzan las preferencias de los ciudadanos; 5) el apoyo de los votantes a los programas de política social del gobierno (p. 301).

Según Domínguez, la campaña de 2006 se pareció más a la de 1994 que a la de 2000, porque “[e]n ambas, el candidato con la fuerza estructural más importante ganó” (p. 301). Aunque es posible comparar las dos elecciones, considero que en las dos privó la campaña del miedo al cambio, y los candidatos del partido gobernante utilizaron tácticas y recursos prohibidos expresamente por la ley. En ese sentido, a diferencia de la opinión mayoritaria de los autores del libro, como sostuve antes, el proceso electoral de 2006 distó mucho de orientarse a la consolidación democrática.

REYNALDO YUNUEN ORTEGA ORTIZ

⁶ Rafael Segovia, “La reforma política: el ejecutivo federal, el PRI y las elecciones de 1973”, *Foro Internacional*, vol. 14, núm. 3, enero-marzo de 1974, pp. 305-330.